



No hay Religión más elevada que la Verdad

“Virya”

Apartado 633



Organo Oficial de la Agencia Presidencial de la Sociedad
Teosófica, para Centro América y Colombia

SUMARIO

Notas Editoriales	
Discurso	Julio Acosta
”	Mariano L. Coronado
Gracia Plena (Poesía)	Rogelio Sotela
La Teosofía y la Educación	Dra. A. Besant
La Vida Espiritual para el Hombre del Mundo	” ” ”
El Río	J. Krishnamurti
Una Declaración Electoral.	George S. Arundale
Consejos de un Maestro de Sabiduría.	
Educación.	Geoffrey Hodson

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

La Sociedad Teosófica fué fundada en Nueva York, el 17 de Noviembre de 1875, por la señora H. P. Blavatsky y por el Coronel H. S. Olcott. Su existencia legal fué concedida el 3 de Abril de 1905, en Adyar—Madras—(India), ciudad en la cual tiene su Sede General y donde reside su actual Presidente, señora Annie Besant.

Esta Sociedad es una agrupación de personas que aspiran a investigar la Verdad y a servir a la humanidad; su objeto es contrarrestar el materialismo y hacer vivir las tendencias religiosas.

Los fines que persigue son los siguientes:

1º—Formar un núcleo de *Fraternidad Universal* de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2º—Fomentar el estudio comparativo de las religiones, filosofías y ciencias.

3º—Estudiar las leyes inexplicables de la Naturaleza y las fuerzas latentes en el hombre.

La Sociedad Teosófica está compuesta por estudiantes que pertenecen a cualquier religión del mundo, o a ninguna de ellas. Están unidos por la aceptación de los principios más arriba expuestos; y por el deseo de eliminar antagonismos religiosos y de agrupar a los hombres de buena voluntad para estudiar las verdades religiosas, compartiendo con los demás los conocimientos adquiridos.

El lazo que los une no es una creencia, sino la investigación, la aspiración a la Verdad. Están convencidos que la Verdad debe ser buscada por medio del estudio, por la meditación, por la pureza de vida, por la devoción hacia altos ideales y consideran que la Verdad es un premio cuya obtención merece cualquier sacrificio y no un dogma que debe imponerse por la fuerza.

Ellos consideran que la creencia debe ser el resultado del estudio individual o de la intuición, y no de presiones externas; que debe basarse sobre el conocimiento y no sobre afirmaciones. Procuran tener amplia tolerancia para todos, aun para el intolerante, y al practicarlo no creen hacer una concesión, sólo saben que cumplen con su deber. Tratan de concluir con la ignorancia, pero no la castigan.

Consideran cada religión como una expresión de la Divina Sabiduría y prefieren estudiarlas a condenarlas. Su palabra de orden es Paz y la Verdad su aspiración.

La *Teosofía* es el conjunto de verdades que forma la base de todas las religiones y que ninguna de ellas puede reclamar como de su exclusiva pertenencia.

Ofrece la filosofía que hace comprensible la vida, y demuestra la justicia y el amor que guían su evolución. Da a la muerte su verdadera importancia, demostrándonos que no es más que un incidente en una vida infinita, que nos abre las puertas de una existencia más radiante y completa.

Restaura en el mundo la Ciencia del Espíritu, enseñándole al hombre a reconocer al Espíritu dentro de sí mismo, y a considerar su cuerpo y su mente como servidores del Espíritu.

Esclarece las Escrituras y doctrinas de las religiones, explicando su significado oculto, y las hace así aceptables a la inteligencia.

Los miembros de la Sociedad Teosófica estudian estas verdades y como teósofos tratan de vivirlas. Cada persona que desee estudiar, que quiera ser tolerante, que aspire hacia lo Alto, que desee trabajar con perseverancia, es bien recibida, como socio, siendo de su exclusivo empeño el transformarse o no en un verdadero teósofo.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Habiéndose esparcido la Sociedad Teosófica por todos los ámbitos del mundo civilizado y habiéndose afiliado a ella miembros de todas las religiones sin renunciar a los dogmas especiales de sus fes respectivas, se cree conveniente hacer resaltar el hecho de que no hay doctrina ni opinión, sea quien fuere quien la enseñe o sostenga, que de ningún modo puede ser obligatoria para ningún miembro de la Sociedad, pudiendo cada cual aceptarlas o rechazarlas todas libremente.—La única condición precisa para la admisión es la aceptación del primero de los tres objetos de la Sociedad. Ningún instructor ni escritor, desde H. P. Blavatsky para abajo, tiene autoridad alguna para imponer sus opiniones o enseñanzas a los miembros.—Cada miembro tiene igual derecho para adherirse a cualquier instructor o escuela de pensamiento que él desee elegir, pero no tiene ningún derecho a imponer a otros el escoger como él.—A ningún candidato a un puesto oficial ni a ningún elector se le puede negar su derecho a la candidatura o al voto por causa de las opiniones que pueda sostener o porque pertenezca a determinada escuela de ideas. Las opiniones y creencias no crean privilegios ni acarrear castigos.—Los miembros del Consejo Presidencial ruegan encarecidamente a todo miembro de la Sociedad Teosófica que mantenga y defienda estos principios fundamentales de la sociedad y amolde a ellos su conducta y que también ejerza sin ningún temor su propio derecho a la libertad de pensamiento y a su amplia expresión dentro de los límites de la cortesía y de la consideración a los demás,

“Dirya”

Segunda Epoca

XVI

San José, Costa Rica, julio 1º de 1928

No. 58

NOTAS EDITORIALES

Conforme lo anunciamos en nuestro número anterior, el Agente Presidencial don José B. Acuña, partió para la Isla de Cuba en compañía del señor Irving S. Cooper. Leyendo las revistas de aquella Sección, encontramos noticias referentes al hermano Acuña y nos hemos enterado de sus varias actividades, todas en provecho del movimiento teosófico.

Cuando hayamos recibido las impresiones del señor Acuña, y tenemos todos los datos al respecto, los transmitiremos con mucho gusto a nuestros lectores.

Don Julio Acosta, vice-Presidente del Consejo de la Agencia Presidencial, que llevaba nuestra representación en su último viaje a la República de El Salvador, está de nuevo entre nosotros. Nos informa de sus observaciones sobre las Logias salvadoreñas, y viene satisfecho de los progresos allá alcanzados debido en primer término a la perseverancia y noble desinterés de nuestros hermanos. Nos da cuenta también de la próxima fundación de otra Logia en aquella

capital, integrada por miembros antiguos muy importantes de la S. T., que por una u otra razón se habían alejado del movimiento activo de la misma. Felicitamos a esos distinguidos elementos de trabajo por su decisión y hacemos votos porque se realice cuanto antes dicho proyecto.

El 8 de mayo los miembros de la S. T. en San Salvador celebraron con brillantes resultados la fiesta del Loto Blanco en los salones del Casino Militar, a la que asistieron personas de todos los círculos sociales, ávidas de conocer más de cerca la gestión social que en estos momentos realiza en todo el mundo la Sociedad Teosófica.

La fiesta del Loto Blanco entre nosotros se celebró, como de costumbre, con una lucida asistencia, entre la que descollaban elementos de nuestro mundo social, representantes del obrerismo y profesionales de diversas categorías. Se hace ya pequeño nuestro local para estas fiestas teosóficas, y confiamos ya poder ensancharlo en el porvenir.

El 1º de junio corriente se rememoró con una asamblea pública el vigésimo cuarto aniversario de la fundación de la Logia «Virya». Los presentes pudieron escuchar los sugestivos discursos del Presidente de la Logia, don Mariano L. Coronado, y del señor don Omar Dengo. Ambos desarrollaron temas de interés actual dentro de nuestros trabajos e impresionaron agradablemente al auditorio con sus puntos de vista originales y variados, que hicieron pensar intensamente a los que tuvieron el placer de oírlos.

Don Carlos Luis Sáenz leyó algunas composiciones poéticas de delicado y místico sabor, que nos hicieron recordar las de Rabindranath Tagore, y difundieron en el ambiente un hábito de espiritualidad que hacía vibrar los corazones. Leyó también el señor Sáenz una traducción de un pequeño poema de J. Krishnamurti.

La Logia «Virya» presta ahora preferente cuidado a la formación de Centros de Estudio Teosófico en provincias, y esta labor está dando los más halagüeños resultados. Esos centros serán en el futuro Logias que llevarán la buena nueva por todos los ámbitos del país y prepararán a los costarricenses para la comprensión

justa de las novedades que están inquietando en la actualidad al mundo, que son precursoras de un cambio en la marcha ascendente hacia una cultura que satisfaga mejor las aspiraciones humanas de adelanto y felicidad y los anhelos de un estado superior de progreso; cooperación y armonía entre los hombres.

A última hora nos avisa el señor Acuña cablegráficamente que el señor C. Jinarajadasa, vice-Presidente de la Sociedad Teosófica, ya no vendrá a Centro América. Ignoramos los motivos que hayan impuesto esa determinación al señor Jinarajadasa y lamentamos profundamente que se hayan desvanecido la esperanza y alegría de verlo entre nosotros.

Los teosofistas de las hermanas repúblicas de El Salvador y Guatemala se preparaban también para recibirlo y ya se les ha avisado que no será posible de esta vez. Allá como aquí, así como en muchas Logias de Honduras, Nicaragua y Colombia, la noticia debe haber causado pesar; pero es seguro que solo motivos insuperables han hecho que el señor Jinarajadasa cancele su promesa y aplace indefinidamente esa visita, que ha de realizarse algún día para el bien y el desarrollo de nuestro movimiento.

Palabras

leídas por don Julio Acosta en la velada que celebró la Logia "Vir-
ya" el día 22 de diciembre del año próximo pasado

Señores:

Hace 52 años que se fundó en Nueva York la Sociedad Teosófica, y todos podéis apreciar, si tendéis la vista a lo largo de ese lapso, el cambio que se ha operado en el mundo. En los momentos en que la Sociedad se fundaba a la voz de una mujer maravillosa, de una maga blanca que penetró en los santuarios ocultos a la vista de los hombres, el materialismo reinaba en el mundo, y la humanidad nunca tuvo más fe en la ciencia materialista; ésta imperaba con poder absoluto y todos creían y esperaban que ella redimiría al mundo. Se convirtió en una deidad omnisciente y todopoderosa, y su triunfo fue incontrastable y total. Dios estaba casi vencido, porque las religiones, en el concepto imperante, venían a ser una aberración hija de la ignorancia, del fraude y del temor. Comprenderéis entonces, si pensáis un poco en ello, el papel que vino a desempeñar la Sociedad Teosófica. Desde el día en que Elena Petrovna Blavatsky y el Coronel Olcott se juntaron en los Estados Unidos, acompañados de un pequeño grupo de discípulos, y labraron las primeras piedras del nuevo edificio, algo

así como una luz nueva empezó a iluminar al mundo, algo así como un soplo de lo alto impresionaba y revivía la mente de los hombres; y esa luz, y ese soplo, imperceptibles al principio, han ido creciendo y creciendo, hasta abarcar a toda la tierra con sus rayos sutiles y penetrantes y con sus efluvios de poder y de verdad. No hay ciudad de importancia en el mundo en donde no haya una Logia de la Sociedad Teosófica y en donde no haya un centro quieto y apacible en que un grupo más o menos grande de hombres y de mujeres se reúnen para saber de esa ciencia y de esa religión de que supieron todos los pueblos de la antigüedad y que se conservó en lugares secretos todo el tiempo en que no había sonado la hora, y que se expone hoy al análisis de todos los hombres de buena voluntad, puesto que ya se oyeron las trompas que anuncian el fin de una edad y el comienzo de otra. Hay ahora un renacimiento sugestivo y poderoso de todas estas cosas esotéricas y espirituales, y bajo su yugo se doblan dóciles todas las mentes ansiosas de descifrar el misterio de la vida, y a su influjo se abren todas las ciencias, tan hurañas antes, poco a poco, cediendo el terreno palmo a palmo, pero de una manera implaca-

ble. Dios va ganando otra vez el terreno perdido y las esencias de su aliento, que lo abarca todo, van penetrando en las cátedras, en las clínicas y en los laboratorios. La Ciencia no ha hecho la felicidad del hombre. El hombre, merced a ella, vive con más confort, con más higiene, con más riqueza; vuela por encima de las nubes, atraviesa como un relámpago los áridos desiertos; se escurre como un pez en los oscuros abismos de los mares; trasmite sus ideas con mágica rapidez de un polo al otro polo; viaja en espléndidos trasatlánticos, islas de alegría y placer que bogan de mar en mar; se aloja en hoteles fastuosos; pasa sus ocios en casinos de una opulencia oriental; visita sin peligro las ruinas milenarias y con poco costo pisa el polvo adormecido que hollaron los Faraones y los reyes de Asiria y de Persia; va al centro de las selvas tenebrosas, y a las cimas más altas de los montes; extrae de las entrañas de la tierra toneladas de oro y de piedras preciosas; de la misma atmósfera impalpable arranca quintales de abonos y de esos mil elementos sólidos que se emplean en el arte y en la industria; del petróleo, desmenuzándolo y apurándolo hasta el fin, saca cien derivados útiles al hombre; habla a millares de leguas como si estuviera conversando con su amigo cara a cara; todo lo hace, todo lo consigue, nada escapa a su poder científico... pero el hombre no ha alcanzado la Felicidad. El hombre vive inquieto y triste; nada le satisface del todo; todo lo encuentra mediocre a la postre. Antes andaba al compás de los bueyes, y no pedía nada más; ahora se lanza raudamente en el aeroplano, y encuentra que éso es muy lento; detrás de un afán logrado, mil otros como mil víboras empiezan a morderle nuevamente las entrañas. El hombre bosteza descon-

tento y hastiado, y aún a veces se arranca la vida para huír del tedio mortal. Hay algo que se le escapa, que huye, que se esfuma en el vacío impenetrable; hay algo que lo atrae desde el fondo sin fondo del misterio. Y es que la Ciencia sola no basta, tal como la comprendemos hoy día; la Ciencia es una hermana gemela; la otra es la Religión. Sólo las dos juntas y unidas pueden dar al hombre lo que ha de calmar sus anhelos de dicha terrestre y sus ansias de eternidad. Sólo las dos juntas, formando un todo indivisible, pueden apagar su sed. Si la Ciencia es integral ¿por qué quiere excluir esos universos que en el corazón y el pensamiento de cada hombre se arremolinan y que lo hacen volar de astro en astro y soñar y soñar en algo que no se toca, que no se ve, pero que llena su vida interior, así como hinche las estepas infinitas de espacio, en las que se mueven con la perfección de un cronómetro miles y miles de sistemas planetarios, de los que el astrónomo sólo percibe los que alcanza con su vista limitada y con el poder insignificante de las lentes de su ciencia, que tienen soles a cuyo lado el nuestro es un grano de arena o la chispa de un fogón? ¿Por qué la Ciencia ha querido excluir la Metafísica, que nos descubre y nos revela otros Cosmos insondables en las estepas luminosas del pensamiento humano?

La Ciencia para ser completa necesita hermanarse con la Religión. Ambas son dos aspiraciones inextinguibles de la naturaleza humana, porque ambas son una sola y misma cosa, y por eso la Teosofía las enlaza estrechamente, hasta el punto que no se distinguen los bordes de cada una, y las presenta al mundo en un haz, para que la verdad rutilante en sus dos grandes aspectos y pueda redimir al hombre de su ignorancia y de su

impotencia, de esas tinieblas del Bien y el Mal en que se mueve vacilante y asustado, y se cumpla así en toda su amplitud el consejo del templo délfico; «Conócete a ti mismo».

¡Conócete a ti mismo! ¿Es que ya nos conocemos, porque el bisturí del cirujano despedazó un cadáver en la sala de operaciones y mostró a los ojos de los estudiantes los órganos dispersos e inertes, descoloridos e insensibles? Y la vida? Y el pensamiento? Y la energía? Y esa hambre insaciable de Verdad? Y ese poder del amor y del bien? Y ese espíritu de sacrificio? Y esa lumbré divina que está ardiendo en esos soles que son los ojos adorables de nuestras madres?

Ruedan los planetas de nuestro sistema alrededor del sol, que nos da calor y luz, de cuyo seno brotan a torrentes ondas de vida y energía que reparan las fuerzas gastadas de los mundos y de los cuerpos humanos; pero hay otro sol, real y efectivo, puesto que sentimos su calor, que envía a nuestras almas ondas y rayos de Justicia, de Belleza y de Amor: la Teosofía.

¿Qué impide que todos nos amemos? ¿Qué impide que en el ancho mundo todos tengamos un puestecito al sol? ¿Qué impide que todos aspiremos el aroma de las flores, que todos calentemos nuestros cuerpos con las lanas del cordero, que todos conozcamos el abecedario de las ciencias, que todos sintamos en nuestras pobres almas el regocijo y la paz, en una medida discreta, pues el regocijo y la paz verdaderos sólo pueden ser fruto de una larga evolución entre el dolor? ¿Qué es lo que produce tan funesta desarmonía? La injusticia, señores. El juez que prevarica, que se vende, que miente, que tiene mie-

do; el rico egoísta que vuelve la espalda a los que tienen hambre; el poderoso que mata la piedad, y ultraja a los pequeños; el fuerte que estruja y pisotea a los débiles; el soberbio que humilla a los humildes, todos los bárbaros, todos los impíos, todos los hartos que no ven la tristeza ajena, todos los felices que no oyen los gemidos del que llora, esos son los que han puesto en las manos de la desesperación, de la impaciencia y de la ignorancia el barril de la dinamita y el puñal del anarquista. Esos son los que han azuzado las bestias del dolor humano. Esos son los que han encendido las hogueras que sólo puede apagar el agua limpia de la Justicia. La Justicia con su balanza impecable es la que ha de nivelar las sociedades, la que ha de restañar las heridas, la que ha de alumbrar a los gobernantes y a todo superior, la que ha de restablecer la armonía entre los hombres. La justicia es la que con sus sedas ha de calmar los corazones, la que ha de traer la paz a las almas conturbadas por la pena y quebradas y roídas por el hambre y la aflicción. Y si por hacer justicia se derrumban los cielos, como decían los latinos, no importa; en esa pavorosa catástrofe, entre las tinieblas y el espanto, quedaría flotando sobre el haz de las aguas el espíritu de Dios. La Justicia es la Democracia.

Quando Sócrates pidió a Hippiás que definiese lo bello, éste respondió: «La belleza es una hermosa mujer». Después, acorralado por el Maestro, dijo que el oro era el que hacía bellos los objetos. El oro, señores, que ha intensificado hasta lo indecible el mal entre los hombres. No puede dudarse que la belleza se halla en las líneas armoniosas de un rostro perfecto, ni que reside también en el color y en la brillantez del oro, con el que se

fabrican exquisitas obras de arte, ni que el oro sirve para facilitar la cultura y para realizar viajes instructivos y adquirir bibliotecas y fundar hospitales y hospicios; pero ni la mujer ni el oro son lo bello, puesto que son ilusorios y perecederos. «Lo bello es lo conveniente y lo útil», decía Sócrates. Y ampliando más, se agregaba: «Lo bello es la ciencia y la verdad»; pero ésto no satisfacía a Platón, quien encontraba que más bella que la ciencia y la verdad era la idea del bien, y discurría que su belleza es superior, puesto que de él proceden ambas, de donde se deduce que el bien es la fuente suprema de lo bello y es lo bello en su más profunda expresión. Bella es la naturaleza, porque es el reflejo de un pensamiento divino; bella es la humanidad, porque está hecha a imagen y semejanza de Dios; bellos son la virtud y el orden y la justicia y el valor y la bondad y el sacrificio, porque son de esencia celeste y por eso constituyen el bien. El Bien es la suprema belleza. Un edificio, una estatua, una pintura, un paisaje, una estrella, son bellos porque despiertan en el alma una emoción de carácter suprahumano, que nos hace desprendernos momentáneamente de las ligaduras de la tierra para transportarnos al reino de la serenidad y la armonía supremas; y en este minuto de éxtasis se ha impregnado nuestra alma de belleza, es decir, se ha sentido una con la Naturaleza y con Dios. Después de ese minuto, hay más bondad en nuestro ser y hemos puesto una mayor distancia entre nosotros y el Mal. Un jardín en que las flores se abren embriagadas por el sol; un poniente en que los colores se suceden en todos sus matices; un mar que se encrespa fiero o que tiembla levemente y se hace nacarado a la hora del ocaso; un huracán que sue-

na y brama imponente y temeroso; un niño que ríe; una madre que llora; un yigüirro que modula sus quejumbres; una hoja que solloza al desprenderse del árbol; un hombre que muere por salvar a un hermano suyo, una sinfonía de Beethoven, una estrofa épica, un discurso elocuente, son bellos porque fatigan el alma humana, la sacuden de su inercia, la hacen pensar en Dios y la conducen al Bien, que es la aspiración suprema.

La Sabiduría es el Amor. El Amor procede del sentimiento de la Unidad. El Amor nos une a todos los seres, a todas las cosas. El Amor, como a San Francisco de Asís, nos hace platicar con los pajarillos y cuidar a la hormiga y querer al agua, al viento y a la lluvia. Y al través de dos mil años llegan a nosotros, cada vez más potentes como si vieran del propio Sinaí, las palabras de San Pablo: «Si yo hablara con lenguas de hombres y de ángeles, mas no tuviera amor, he venido a ser como bronce que suena o como címbalo que retiñe».

«Y si tuviera el dón de profecía, y supiera todos los misterios, y toda la ciencia; y si tuviera toda la fe, de modo que pudiera remover montañas, mas no tuviera amor, nada soy».

«Y si distribuyera todos mis haberes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, mas no tuviera amor, nada me aprovecha».

«El amor es sufrido y benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se engríe, no se porta indecorosamente, no busca lo suyo propio, no se irrita, no hace caso de un agravio; no se regocija en la injusticia, mas se regocija juntamente

con la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».

Esas palabras están resonando todavía al pie de las colinas helénicas y sus ecos se derraman por todos los ámbitos del orbe; pero los hombres no las oyen, y habrá que decirlas de nuevo, una vez y otra vez, hasta que todos los oídos se estremezcan y los ojos se abran y vean estupefactos que es ir tras el viento eso de buscar la Sabiduría en donde no se encuentra.

El amor arranca de nuestros corazones el odio como si fuera una excrecencia diabólica, y nos hace ver con piedad al asesino y al ladrón, y a la mujer que ultraja su belleza, y al niño que delinque. Nos hace mirar sin pestañeos ni horror los abismos del mal y del pecado, las guaridas del vicio, los antros del dolor. Nos muestra la belleza que hay en un gorrión y en un sapo, en una torcaz y en un iguanodonte. El amor nos da paciencia, y lima en nosotros el

orgullo, y nos deleita y regala con la dicha que disfruta el prójimo. Y nos lleva a enseñar al que no sabe, y a vestir al desnudo y a dar de comer al hambriento. Y a amar al prójimo como a nosotros mismos. El amor nos hace justos, y cuando hemos logrado ésto, ya poseemos la ciencia de la felicidad. El amor hace que adquiramos y sintamos la Belleza, y cuando ésto ha sucedido, hemos matado al Mal.

La Justicia absoluta es Dios; la Belleza suprema es Dios; el Amor infinito es Dios.

El estudio y la contemplación de la Justicia, de la Belleza y del Amor, que nos da la posesión de un aspecto nuevo de las cosas y hace nacer en nosotros, como una consecuencia inevitable, el sentimiento de la Fraternidad universal, sin reparar en raza, creencia, sexo, casta o color: eso es la Teosofía.

Discurso

pronunciado por D. Mariano E. Coronado en el 24. Aniversario de la fundación de la Logia "Virya", celebrado el 10. de Junio de 1928.

Señoras y señores:

Conocéis ya el motivo que nos reúne esta noche y el cual nos da una vez más la agradable ocasión de saludar en nuestra casa, con el mayor

cariño y respeto, a aquellos estimados amigos nuestros que honran nuestras conferencias y asambleas especiales con su presencia, siempre grata, para nosotros.

Y es una causa de señalada com-

placencia para nuestra Sociedad el recibir en su seno a aquellas personas que, perteneciendo a cualesquiera de los diferentes grupos representativos de la vida y la cultura nacionales, se interesan por los asuntos que a nuestro movimiento ocupan, entre otras cosas, el deseo vivo y continuo que tenemos de poner nuestro trabajo en contacto con el pensamiento del país, para que se conozcan la finalidad y tendencias de la S. T., sus propósitos de constituir un centro de fraternidad y armonía, de tolerancia y buena voluntad, y de contribuir activamente al desenvolvimiento intelectual y espiritual de las naciones en que sus Ramas trabajan.

Solo evidentes beneficios recíprocos pueden resultar de esta relación nuestra, que queremos cultivar esmeradamente, con los elementos que forman parte de las fuerzas activas que cooperan en el bienestar y progreso de la nación, porque, de un lado, nuestra visión se amplía y nuestro conocimiento se enriquece, por el contacto con los diversos problemas que afectan a la vida nacional en sus aspectos social, político, científico, educacional y religioso y por otro, es posible que las corrientes de ideas sanas y renovadoras, que a través de la S. T. fluyen sobre el mundo, tengan una benéfica repercusión en nuestros conciudadanos y por tanto en nuestras instituciones.

Pero, de un modo muy especial quiere la S. T. influir en la vida del país, como ha venido tratando de hacerlo la Logia «Virya» durante los 24 años de su existencia, que hoy se cumplen, constituyendo un núcleo vivo de fraternidad humana.

Sin duda es una de las razones por las que con justicia celebramos alegremente este aniversario, el hecho

de que la Logia «Virya», siendo fiel a los ideales que inspiraron la fundación de la S. T., además de la intensa labor cultural y filosófica que cumple, haya venido siendo ese centro de fraternidad, cuya influencia humanitaria, civilizadora y progresista en la cultura espiritual del país, es difícil de medir, aunque fácil de notar.

Y, a pesar de que ese ideal nobilísimo de la Fraternidad constituya hoy día un propósito de apariencias utópicas, es indudable que, felizmente para el bienestar de los hombres y para la paz de los pueblos, un día se consagrará como conquista efectiva y real de la conciencia humana, que regirá las relaciones en la familia, en la sociedad y en el concierto internacional. A pesar de que hoy día esa nota armoniosa no halle amplia respuesta en los corazones de los hombres y la lucha egoísta sea la consigna de la época; de que los conflictos de clases, de intereses y creencias predominen en las relaciones humanas, la S. T. constituye una avanzada del adelanto espiritual, una fuente de corrientes invisibles y poderosas de amor, de comprensión y de fraternidad, que se proyectarán hacia el porvenir y alcanzarán un día maravilloso florecimiento de realidad. Es un núcleo, relativamente pequeño, como lo fueron siempre en su origen los movimientos de la conciencia humana que habían de convertirse más tarde en fuerzas arrolladoras de renovación y de mejoramiento, para establecer en el mundo el reino emancipador de algún ideal luminoso en la vida social, política o religiosa de los pueblos.

Es cierto que, entre los miembros de la S. T., la doctrina de la Fraternidad es la consecuencia lógica de las enseñanzas que imparte la Teosofía sobre el origen y la finalidad de la

Vida, sobre la Ley de la Evolución Universal, en virtud de la cual todos los seres tienen idéntico principio y la misma meta gloriosa al fundirse en el seno de Dios. Pero, aún cuando personas alejadas o apenas simpatizadoras, de aquellas doctrinas filosóficas, pueden diferir de nosotros en algunas de ellas, siempre es seguro que el ideal de la Fraternidad hallará una respuesta noble en sus corazones generosos y que sus almas vibren en simpatía con ese propósito unificador que constituye el primer y principal objetivo del movimiento teosófico, ya que todas las Religiones han predicado, en una u otra forma, esa Fraternidad y además porque ella constituye un anhelo íntimo de la conciencia humana en los seres civilizados. Y así, sin que la S. T. pretenda haber creado la idea de la Fraternidad, ella trabaja y se esfuerza de continuo por esparcirla, y hacer que se convierta un día en una espléndida y grandiosa realidad en la vida de los hombres y de los pueblos. Por esto su primer objetivo es ese, como ya sabéis.

Pero, algunas de las personas que no pertenecen a la S. T. querrán saber qué es esa Fraternidad que aquí predicamos y con la cual queremos resolver muchos de los graves problemas sociales que confronta nuestra época, traer la paz, el bienestar y el progreso entre los hombres.

Quizás conviene más, para responder a esa pregunta, comenzar diciendo qué es lo que esa Fraternidad no es.

No es un mero sentimiento emotivo que ilumine las relaciones humanas con chispazos espasmódicos y pasajeros de afección; ni es esa simpatía pasiva que hace propias las ajenas vidas en lo que ellas tienen de

placer y de dolor, para llorar o reír sobre el llanto y la risa de otros, sin derramar sobre ellos la divina virtud de una energía creadora que fortalezca o ilumine; ni es el empeño, siempre vano, de nivelar las condiciones humanas, haciendo una distribución equitativa de cuanto la vida material ofrece o dando iguales derechos a todos los hombres, para negar así la ley primordial e indubitable de la desigualdad humana, que tiene su raíz en la evolución misma, que la revela y la afirma. No es tampoco la distribución equitativa de los deberes y las cargas, porque la asignación de éstos tiene que ser proporcionada a las posibilidades, fuerzas y recursos de cada cual.

No; la Fraternidad que aquí predicamos, que queremos vivir y que la viva el mundo; que deseamos luchar para ver establecida como una ley activa en la sociedad humana, es amor con cooperación, es compasión comprensiva y auxiliadora, es unidad dentro del más absoluto respeto a las divinas leyes que rigen el desenvolvimiento humano. Ese ideal de Fraternidad que resulta de la visión teosófica de la vida y de las cosas, es Fuerza y es Verdad y es Luz.

En el hogar, es la dulce paz y la perfecta armonía que surgen del reconocimiento, por todos los miembros, del deber de mutua ayuda y de recíproco auxilio que se deriva de la identidad de oportunidades que la Ley aunó bajo un mismo techo para que el destino de cada cual se cumpla, compartiendo no sólo el pan, el abrigo y las ventajas materiales, sino también los dones del espíritu, a fin de que el poder del más fuerte sea la protección del más débil, la inteligencia del más capaz sea luz para el que anda en tinieblas y la virtud del mejor, sea guía e inspiración pa-

ra el que la necesita. El Amor constituido en fuerza de auxilio y la simpatía en elemento de comprensión.

Y en la vida social, esa Fraternidad es la unión de las voluntades para el logro del mayor progreso y bienestar colectivos, sobre la base del reconocimiento de las diferencias de posibilidades, que son consecuencia de la diversidad de condición; y de la variedad de deberes y de derechos que se desprende de la suma de recursos materiales, intelectuales y espirituales que constituyen el patrimonio de cada clase. Y sobre ese reconocimiento, el ejercicio altruista y consciente de las facultades y el poder de que cada grupo disfruta, para el auxilio, el mejoramiento y la protección de los menos favorecidos; el sacrificio de los más fuertes, el desprendimiento de los más poderosos, para labrar mejores oportunidades de desenvolvimiento y condiciones más ventajosas de vida, para los más débiles e ignorantes. El Amor establecido en sistema de cooperación y en lazo de servicio mutuo, que aune las fuerzas espirituales y físicas de las diversas clases sociales, en beneficio de la paz, la felicidad y el más rápido desarrollo integral de la comunidad.

Y en la vida política, esa Fraternidad significa el ejercicio de una visión amplia, noble y generosa, por quienes tienen en sus manos los destinos del Estado, para hacer y administrar las leyes que mejor aseguren el equilibrio social, que más altamente se acuerden con los principios de Justicia, que más favorezcan la colaboración de las diversas clases entre sí, que más eficazmente impulsen el desarrollo de la conciencia ciudadana y mejor ayuden al florecimiento de las virtudes cívicas en los miembros de la comunidad. El amor convertido en espíritu de Justicia,

en causa de bienestar y en impulso de progreso.

Y en la vida internacional, ese ideal de Fraternidad se manifiesta como una corriente pura e incesante de amistad y buena voluntad entre los pueblos; como un intercambio, sincero y generoso, de recursos y de experiencia; como una cooperación efectiva de las fuerzas peculiares de cada nación con las de las otras; un reconocimiento de la misión propia de cada Estado en el plan de la Evolución Universal, dando al conjunto la contribución de sus virtudes y cultura propias; como la unión espiritual irrestricta y armónica de las almas de los pueblos, trabajando y luchando juntos en un noble esfuerzo colectivo por la conquista de los grandes y luminosos ideales de expansión, de grandeza y de dicha que son la más alta aspiración humana.

Y en la vida religiosa, qué es esa Fraternidad que la S. T. trabaja por inculcar en los hombres? Es, en primer término, el reconocimiento de la identidad de propósito en todas las grandes Religiones, que han sido dadas para encauzar los anhelos espirituales de los pueblos y ayudar al desenvolvimiento de la conciencia humana; es amplitud de visión para percibir la grandeza y la virtud de las ajenas creencias; es tolerancia hacia la percepción espiritual de quienes siguen una escuela religiosa que no es la nuestra, es, en fin, la posibilidad de compartir con otros, en el seno de una generosa reciprocidad, aquello que es la vida para nuestro espíritu, abriendo nuestro corazón al mismo tiempo para que entren en él, como raudal bienhechor, los haces de luz que iluminan el alma de nuestro hermano, permitiéndole así que enriquezca nuestra posesión con la dádiva de su espíritu, mientras

bañamos el suyo, discreta, humilde y cariñosamente, con las verdades que nos han dado la paz interna y nos han mostrado, a la luz de sus fulgores, el sendero de la Liberación. Es el Amor hecho Paz, Tolerancia, Humildad y Comprensión.

Ese es, pues, el ideal de Fraternidad humana que la S. T. ha venido presentando al mundo por más de medio siglo y que constituye la única profesión de fe exigida a quienes desean ingresar en sus Logias. Al servicio de ese primer objeto está también el segundo, porque el estudio comparativo de las ciencias y sistemas filosóficos y religiosos, es sin duda el medio más seguro y eficaz para procurar aquella Fraternidad, ya que el mutuo conocimiento es la base del Amor, y la consideración desapasionada y cuidadosa de las ideas que constituyen la vida espiritual de otros hombres y de otros pueblos, el análisis comprensivo y abierto de cuanto es la expresión de sus vidas, de sus pensamientos y de sus virtudes, despierta en nosotros un sentimiento de simpatía y de admiración, que al poner a tono las vibraciones de las almas, enciende en ellas el Amor, que es el fundamento de la Fraternidad.

Y así, a quienes, rompiendo las ligaduras del prejuicio ambiente vienen a honrar nuestras reuniones con su presencia, queremos presentarles ese ideal de la Fraternidad Universal como la primordial finalidad que nuestro movimiento persigue, invitándolos a cooperar con nosotros para su expansión y establecimiento en las relaciones humanas. Y la más be-

lla demostración de la firmeza y realidad de ese propósito, se observa en la presencia, en el seno de la S. T., de gentes que pertenecen a todas las agrupaciones religiosas y filosóficas del mundo, o a ninguna. Y, aún cuando la mayor parte de los teosofistas hayan podido ponerse de acuerdo, en virtud de aquellos estudios comparativos, sobre varios puntos fundamentales expuestos en las sagradas escrituras de todos los pueblos, a saber: la Ley de la Evolución Universal, la Ley de Justicia Retributiva y la Inmanencia de Dios, en la S. T. caben, y son en ella bienvenidos, cuantos sientan y amen, por sobre las diferencias de opinión y de temperamento, el ideal redentor de la Fraternidad Universal.

Porque en la realización de ese ideal reside la solución de los dolorosos conflictos que acongojan a la Humanidad y alejan la dicha de nuestra civilización; porque en él únicamente está la clave del progreso para los individuos, las instituciones y los pueblos; porque es una realidad que se asienta sobre la base de la identidad del origen y finalidad de todos los seres, dentro del glorioso plan evolutivo; porque la Fraternidad es la armonía de todos los intereses, de todas las tendencias y de todos los espíritus, laborando juntos por la realización del humano destino; porque solamente sobre una Fraternidad inteligente y cooperativa podrán asentarse los fundamentos de una civilización justa, noble y feliz; porque ella es lazo de unión, palanca de progreso, fuente de paz, de bienestar y de felicidad.

Gracia Plena

Todo está lleno de ritmo,
todo está lleno de gracia;
juega el niño y se sonríe
y brinca ágil la gata.

La flor revienta, y la nube
se deshace en lluvia clara.
La amada mueve sus brazos
y alegre y feliz me abraza
y yo siento que en el mundo
palpita, escondida, un alma
que todo lo hace armonioso,
todo lo llena de gracia.

Mientras los astros describen
sus trayectorias y pasan,
aquí salta juguetona
ésta mi gatita blanca
y los niños la celebran
con gritos y carcajadas.

Todo tiene un noble aliento
de dicha y de paz.

La casa
es un regazo bendito
donde el alma se solaza
—como Fray Luis de León—
con lo que Dios nos depara,
y hasta el sol me ha parecido
que entró hoy por la ventana
más alegre y más seguro
como si a su casa entrara.

Y hasta el pan, iluminado,
es una fruta dorada!

Qué profunda esta alegría
y qué quieta está en el alma;
no hay nada innoble ni feo,
no hay ninguna cosa mala,
el mundo todo parece
lleno de ritmo y de gracia!

ROGELIO SOTELA

Junio, 1928.

La Educación a la luz de la Teosofía

POR ANNIE BESANT.

Las enseñanzas fundamentales de la Teosofía alteran de tal modo nuestro concepto sobre el niño, que producen una verdadera revolución en las relaciones entre los niños y sus mayores. Anteriormente lo considerábamos como una alma nueva, recién salida de las manos de Dios y envuelta en un cuerpo proporcionado por los padres; o como una inteligencia dependiente de la organización cerebral y nerviosa construída por las leyes de la herencia, actuando a través de incontables generaciones en el pasado. Algunos pensaban que el niño era una hoja en blanco en la cual el ambiente grababa el carácter, de suerte que todo dependía de las influencias ejercidas sobre él desde el exterior; otros, que él traía sus cualidades mentales y emocionales consigo, por el atavismo, pudiendo ser modificado solo muy ligeramente, puesto que «la naturaleza es más poderosa que la educación». Desde todos los puntos de vista, era él un ser nuevo, una nueva conciencia, para ser educada, disciplinada, guiada y ordenada por sus mayores; una criatura sin experiencia, viviendo en un mundo nuevo para ella y en el cual entraba por vez primera.

La Teosofía nos ha presentado el concepto del niño como una individualidad inmortal, nacido entre

nosotros después de muchos centenares de nacimientos semejantes sobre la tierra, con experiencias recogidas en múltiples vidas y convertidas en él en facultades y poderes; con un carácter que es la encarnada memoria de su pasado; con una receptividad limitada y condicionada por ese pasado y la cual determina su respuesta a las impresiones del exterior. Ya no es más una alma plástica, dúctil en las manos de sus mayores, sino un ser que ha de ser estudiado y comprendido antes de que pueda ser efectivamente ayudado. Su cuerpo, ciertamente, es joven y aún no se encuentra bajo su dominio, es un animal indómito; pero él mismo puede ser mayor que sus padres y maestros y más sabio que los que aparentemente son sus mayores.

Para el teosofista, cada niño es un estudio, y en vez de imponerle su propia voluntad y suponer que la edad y el tamaño del cuerpo le dan derecho a ordenarle y dominarle, él trata de descubrir a través del cuerpo joven la fisonomía del interno ocupante, y de comprender qué es lo que el Amo Inmortal desea lograr en su nuevo reino de carne. Trata de ayudar a ese Amo interno, y no de usurpar su trono; de ser su consejero y no su dictador. Siempre recuerda que cada Ego tiene su propio sendero, su

propio método y lo trata con tierna reverencia; tierna, por causa de su juventud y debilidad corporal y reverencia, por lo sagrado de la individualidad, los límites de cuyo imperio nadie debe traspasar.

Luego, el teosofista sabe que los cuerpos nuevos que visten al Eterno Espíritu, aunque representan los resultados de su pasado, pueden ser modificados inmensamente por las influencias que se ejerciten sobre ellos en el presente. El cuerpo astral contiene gérmenes de emociones buenas y malas, semillas sembradas por las experiencias de vidas anteriores. Estos son gérmenes y no cualidades plenamente desarrolladas y pueden ser nutridos o atrofiados según las influencias que sobre ellos se ejerzan; un Ego que posee un cuerpo astral con gérmenes de carácter irascible o de falsía, puede ser ayudado por la serenidad y la sinceridad de sus padres, y estos gérmenes, influenciados por sus opuestos, pueden casi extinguirse. Uno que tiene un cuerpo astral en el cual hay gérmenes de generosidad y benevolencia puede tener tales gérmenes fortalecidos por la acción de virtudes semejantes en sus mayores. Asimismo el cuerpo mental posee los gérmenes de las facultades mentales, que pueden de igual modo ser vigorizados o destruidos.

En el Ego se hallan las cualidades o las deficiencias y en sus átomos permanentes las potencialidades materiales para los cuerpos. El construir y modificar los cuerpos astral y mental durante la niñez y la juventud, depende en gran parte, y excepto en casos extraordinarios, de las influencias exteriores. Y aquí viene el poderoso karma del medio ambiente, engendrado en el pasado y las grandes responsabilidades de los mayores,

pues todo el futuro del niño en esta encarnación, es determinado en gran parte por las influencias que actúan sobre él en los primeros años.

Sabiendo todo esto, los padres teosofistas darán la bienvenida al Ego que viene, envuelto en sus nuevas vestiduras materiales, como a un encargo sagrado y lleno de responsabilidades que ha sido confiado a su cuidado. Ellos comprenderán que los cuerpos jóvenes y plásticos del niño dependen, para su futura utilidad, de los esfuerzos que ellos realicen, en gran parte. Así como alimentan y atienden cuidadosamente al cuerpo físico, y le educan con escrupuloso esmero, desarrollando sus músculos con ejercicios graduados e inteligentemente adaptados, y sus sentidos con la cualidad de percibir y sus nervios con condiciones generalmente saludables y una protección vigilante contra todo daño, choque o violencia, así habrán de procurar que solo emociones altas y puras y pensamientos nobles y elevados, actúen sobre los gérmenes de los cuerpos astral y mental durante ese importantísimo período de formación. Ellos deberán recordar que cualquier vibración inconveniente en sus propios cuerpos astral y mental se reproducirá enseguida en los cuerpos del niño, y así entenderán que no es bastante cuidar de sus palabras, expresiones y gestos, sino que tampoco deberán sentir ni pensar en una forma indigna. Aún más, deberán proteger cuidadosamente al niño de toda influencia torpe o vulgar tanto como de aquellas que son definitivamente malas y deben alejar de él toda compañía poco deseable, de jóvenes o de adultos.

Estas son las primeras condiciones obvias con las cuales los padres teosofistas habrán de rodear a sus hijos. En cierto modo ellas son protectoras

y negativas. Veamos ahora cuáles son las condiciones educativas y positivas que habrán de imperar en el hogar. Hay muchas cosas en las cuales no siempre se piensa, pero que son muy convenientes y están al alcance de la mayoría.

El hogar y especialmente el aposento del niño, han de ser tan bellos como sea posible. La belleza es cuestión más de refinamiento de gusto que de dinero y la simplicidad y propiedad juegan con respecto a ella un papel más importante que la complicación y el valor monetario.

El aposento en que la familia se reúne, debiera tener pocos muebles, pero útiles y de buena calidad; paredes de un solo color con un bien dibujado friso, de bellos colores, si fuese posible; un solo objeto verdaderamente bello, ya sea un vaso de forma bella o un cuadro que represente alguna idea noble, en el cual pueda posarse la vista encontrando inspiración. En un país frío, algunos tapices y alfombras bien escogidos; algunas flores esparcidas en la habitación, no un bouquet macizo; las necesarias sillas, mesas y sofás, de formas bellas y graciosas, suficientes para las necesidades y la comodidad, pero no en tal abundancia que ocupen el espacio disponible. Un aposento así hará surgir en el niño el sentimiento de la belleza y refinará y educará su gusto. Todos los utensilios empleados en la casa serán bellos y adecuados a su fin. Al escoger vasos de metal o porcelana, se notará su pulimento y colorido, además de la hermosura de sus formas y se mantendrá con exquisito cuidado. Lo que hicieron los antiguos campesinos en Grecia y en Egipto, y lo que hace el campesino indio actualmente, no puede estar más allá

de las posibilidades de las clases trabajadoras de Occidente.

Debe comprenderse que la belleza es una condición esencial a la vida humana y que lo que la Naturaleza provee para el animal y el salvaje, debe el hombre civilizado proveérselo a sí mismo. Y recuerden los padres que deben dar al niño lo mejor que ellos tengan, porque el medio ambiente está moldeando los instrumentos que él va a usar durante toda esta vida en el mundo físico y en los otros dos mundos con él relacionados.

Si hubiese un lugar especial para los niños, en la casa, no debiera ser adornado con objetos de mal gusto ni pinturas chillonas, o los deshechos de las obras de arte de la familia, «apenas buenos para los niños». Unos pocos buenos cuadros o pinturas de colorido bello, retratos o estatuas de grandes personajes, cuyas historias pueden referirse al anochecer a los pequeños; cuadros de hazañas nobles, para serles narradas en forma brillante y con palabras inspiradoras; todo esto imprimirá en los cerebros tiernos, recuerdos que nunca se desvanecerán y vivificará los gérmenes de emociones nobles y de elevados pensamientos y aspiraciones.

Debiera ser innecesario decir, pero desgraciadamente no lo es, que toda la atmósfera que rodea al niño debería estar saturada de amor y de ternura. Todo lo bueno crece, y lo malo se marchita, en una atmósfera de amor. Si el niño ha sido dado a luz en el amor, es mecido luego en la cuna del amor y nutrido con amor, será más tarde bondadoso, obediente y confiado. Si el castigo no es empleado en el hogar, tampoco será «necesitado» en la escuela. Palabras punzantes, reprimendas, inculpaciones precipitadas, todos estos errores de